

Tablada, remitente neoyorkino

Sus cartas a Genaro Estrada, siempre falto de tiempo

Fernando Curiel

¡Y estoy de finanzas que ya me lleva el Carajo!

José Juan Tablada
12 de noviembre de 1921

UNO: PRÓLOGO

Antes de hincarle el diente a esta nueva muestra del acendrado mexicanismo del canadiense Serge I. Zaitzeff, me asaltaron algunas cuestiones que me (recontra)place compartir con el lector. Me limito, por ahora, a tres.

En primerísimo término, la pregunta siguiente: ¿quién —que sea— no tuvo que ver (sus queveres) con Genaro Estrada (1887-1937); pese a su corta vida, hijo dilecto de Sinaloa, verdadero premio “Gordo” de la Lotería Nacional (y aún reintegro y cachito) para tantos y tantos escritores, dentro y fuera del país?

En segundo lugar, la sospecha de que me toparía, más allá del testimonio parcial (pero testimonio a fin de cuentas), de una amistad literaria, con un importante capítulo de una historia por escribir: la de la intelectualidad mexicana políticamente (no estéticamente por fuerza) reaccionaria. La de la adhesión porfirista y un antimade-

rismo mudado colaboración huertista. Estar, en 1910, con Díaz o con Madero, era asunto, a fin de cuentas, de pluralidad; en juego andaban el reeleccionismo, el antirreeleccionismo, el magonismo, el reyismo, el vazquismo. Pero apoyar a Victoriano Huerta, en lugar de a cualquier vertiente de la segunda oleada revolucionaria, era tanto como anticipar lo que ocurrió.

Vaya: el destierro (de exilio en sentido estricto sólo hablo cuando la desgarradura, la pérdida, es la del idioma); el entierro (un Rubén Valenti en Guatemala, un Jesús T. Acevedo en Estados Unidos), la mortificación (sentimiento general, se estuviera en La Habana o en Nueva York, en San Antonio o en Madrid); la contricción y el trámite del perdón (Luis G. Urbina, el propio Tablada); el amachamiento (un Nemesio García Naranjo, un José María Lozano, un Querido Moheno).

Por último, la certeza de que a la fecha seguimos ayunos de un sostenido esfuerzo, si no abusivamente teórico, sí reflexivo acerca de los epistolarios. Como género literario o tan sólo comunicativo. Y como género académico: la edición prologada y anotada y, si es el caso, en el que normalmente me incluyo, apendizada (disculpando el terminajo).

Estos comentarios se refieren al libro *Cartas a Genaro Estrada*, de Serge I. Zaitzeff, publicado en 2001 por la UNAM en su colección Nueva Biblioteca Mexicana.



Edward Hopper. Bar de la esquina en Nueva York, 1913

DOS: CAPÍTULO UNO

Y sí: respecto a la primera cuestión apuntada. ¿Cómo no iba a tener que ver, queveres, José Juan Tablada (1871-1945), con esa otra personalidad hiperactiva y combativa; anticuaria y bibliófila pero también vanguardista; seducida y lastimada por el poder; como Genaro Estrada? Una pareja de artistas e intelectuales (digamos estas palabras sin rubor en esta hora de miseria y barbarie políticas) que ve la luz en el siglo XIX y fallece, primero el más joven, en el siglo XX, dejando un legado que los convierte en estrictos contemporáneos nuestros.

Es de lamentarse, por ende, que salvo algún minuto perdido en la Cancillería de aquellos tiempos, los del obregonismo y el callismo mudado maximato, Estrada no respondiera al furor epistolar de Tablada, remitente monologante (situación parecida, comento, a la que nos hemos topado Miguel González Gerth y el de la voz, empeñados en reconstruir esa relación hispano-mexicana, madrileña mejor dicho, que fincaron Alfonso Reyes y Ramón Gómez de la Serna; caso de una correspondencia, salvo prueba en contrario, de un solo lado, el ramoniano).

Alguien que escribe misivas, y persiste en hacerlo, haya o no respuesta. Alguien que persiste en no responder, aunque se le acribille a cartas.

Estrada, el gran ausente de este epistolario.

De cualquier manera, por reflejo, surgen líneas (curvas, naturalmente) y quehaceres (culturales, políticos, literarios, editoriales) de don Genaro. Experto nadador en aguas escabrosas, arremolinadas.

TRES: CAPÍTULO DOS

Y sí: respecto a la cuestión señalada en segundo término aunque no en orden de importancia. En efecto, en el corpus que nos ocupa encontramos otro pasaje de los sufrimientos, las carencias, las tribulaciones de los intelectuales de pasado contra-revolucionario. Con el autor de *El florilegio* en la sección de los arrepentidos, de los conversos al nuevo régimen.

Permítaseme una cita ejemplar, procedente de una de las primeras cartas del unilateral (pero relevante epistolario).

Corre el 18 de enero de 1922. Tablada, con domicilio en 408 W. 154 th, St. de la ciudad de



Edward Hopper. Aceras en Nueva York, 1924

Nueva York (su Babilonia de Hierro) se dirige a un “Gordo” Estrada que se ufana de su peso (porque seguramente lo valía en oro). Dícele:

Aquí tengo su última del 15 de diciembre. Ha pasado más de un mes y mis asuntos con la Secretaría de Educación siguen en el mismo estado, ¡sin resolverse! No he recibido la menor noticia. Mucho temo que al decirle a usted que ya estaban dadas las órdenes de pago, se hayan referido a cierto dinero que se me debía por pago de libros y que ya recibí, y no al subsidio que durante parte del año pasado me señaló el Lic. Vasconcelos. Para que tenga usted ocasión de hablar de ello le envío certificados, con la súplica de que usted se los entregue al Lic. Vasconcelos, algunos comprobantes de mi labor “pro México”. Esos artículos publicados aquí han sido reproducidos en Centro y Sud América y España. Mi conferencia en Columbia University fue parte de esa labor. Si no he dado más conferencias sólo ha sido porque no tengo los medios materiales, fotografías, lantern slides y gastos de viaje... Tengo promesa del Lic. de proporcionarme todo esto, que intensificará mi labor. De manera que el servicio que le pido al Gordo es que hable por mí con la

autoridad y valimiento que tiene y haga que esas promesas cuajen en las indispensables órdenes de pago.

Sobra decir que el tres veces Lic. Vasconcelos no es otro que José Vasconcelos, ya trasladado de la rectoría de la Universidad Nacional de México a la flamante Secretaría de Educación Pública.

En fin: subsidio, comprobantes, valimientos, súplicas, autoridades, órdenes de pago. Desde el mismísimo comienzo, el ritornelo (que no el leitmotiv) que resuena en cada carta dirigida a México a lo largo de la década aquí recogida.

De suerte que no me sorprendería que algún impaciente se limitara a afirmar que el ahora editado con pulcritud no es, sin embargo, un juego implícito de cartas, sino los oficios desesperados y reiterados y cargantes de un solicitante (¿suplicante?) que pone en venta sus servicios neoyorkinos, a saber: realizar aquí y allá, donde se pueda, “todas las afirmaciones trascendentes, pertinentes y que convengan al país y a su gobierno”. El gobierno, repito, del obregocallismo en cuya historia negra se incluirán los asesinatos políticos de Francisco Serrano, Arnulfo R.



Edward Hopper. Habitación en Nueva York, 1932

Gómez y el propio Héroe de Celaya; así como el fraude electoral que convierte a Vasconcelos en una llaga viva, combustible de su futuro cuadrivio.

Tablada: otro negociante (uno más) del patrimonio cultural mexicano.

Pero, por fortuna, como veremos más adelante, no es la de las finanzas (del carajo) la única clave del epistolario editado, prologado y anotado por nuestro amigo Serge I. Zaitzeff. Nuevo grano de arena en el desierto de la memoria cultural patria del siglo XX.

TRES: CAPÍTULO CUATRO

Y sí: respecto a la tercera cuestión. La reciente salida de *Cartas a Genaro Estrada* enfatiza, a mi juicio, la oportunidad de un replanteamiento del género epistolar. Insisto: como género literario (derivado del diálogo), como medio de comunicación y como género académico. Máxima ahora que el e-mail, su más reciente ver-

dugo, sufre el revisionismo que atraviesa, en general, a la galaxia MacLuhan.

¿Deben publicarse únicamente los epistolarios de los que obra, clara o inducida, la autorización de sus autores? ¿Debe publicarse en su integridad o previa selección? ¿Sólo amerita rescatarse lo sustantivo que narre un acontecimiento, que deleve una incógnita, que aporte luces sobre las circunstancias vividas por los corresponsales? ¿O basta el mínimo sustrato conversacional, el mero intercambio de saludos protocolarios, el simple y seco acuse de recibo?

Y aún no concluye el listado.

¿Quién es el dueño de la carta, el que la envía (y sus herederos) o el que la recibe (y sus herederos)?

¿Los epistolarios valen aisladamente o requieren, en todo momento, interpolarse con otras fuentes?

¿Cuáles son los derechos y las obligaciones, las facultades y los límites del epistológrafo o misivista?

Etcétera, etcétera.

Aunque reconozco que éste no es el lugar para abordar tales cuestiones, juzgo necesario ponerlas sobre el tapete.

CUATRO: CAPÍTULO CINCO

Expreso que la lectura del minucioso prólogo (anatomía de los personajes y sus contextos, respectivamente, la jungla urbana neoyorkina y la jungla cultural y política chilanga); de las pertinentes notas; y de las cincuenta y nueve piezas (cincuenta y cinco de la pluma, la máquina o el dictado de Tablada; cuatro de la pluma, la máquina o el dictado de Estrada), resultó una experiencia aleccionadora.

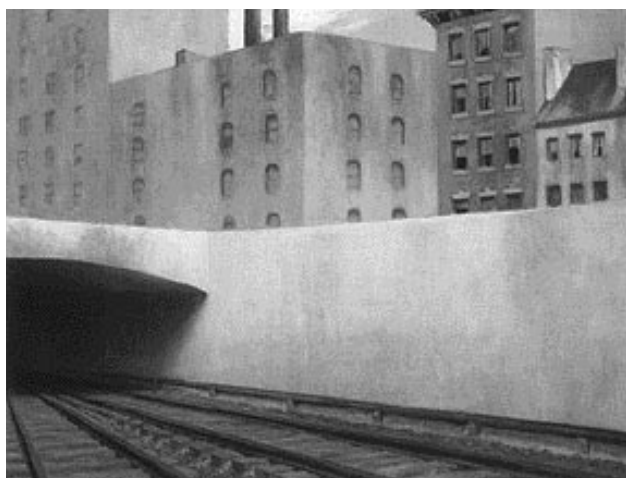
No son pocos los años (¡y qué años!) comprendidos: 1921 a 1931. Trátase, sin lugar a dudas, de un material lleno de miga. Útil, en primer término, al estudioso de José Juan Tablada y sus proyectos y entusiasmos y (por supuesto) fobias.

Al arranque del epistolario, un José Juan cincuentón; al cierre, un Tablada sesentón. Numerosos son los registros. De la autopropaganda (“Me dedicaría a escribir short stories, essays, crónicas de arte, impregnado como estoy del espíritu de este pueblo... ¡santas pascuas! Pero Ud. Conoce mi amor por México y por su cultura y por su arte...”) a la confidencia (“Tengo ocho meses de estar enfermo de un mal cuyo más cruel síntoma es un dolor gástrico, sordo, constante, que se exagera cuando me pongo a escribir... Mi último artículo me tomó dos días, trabajando a ratos en que el dolor me dejaba”).

Incluso quienes no simpatizan del todo con el personaje (distinto, posiblemente, a la persona) deberán reconocer su empeño (sobrevivir con dignidad, continuar la obra en verso y en prosa, hacer cosas, sentar plaza de embajador cultural de México), su disciplina (la que le permite adueñarse en dos años de intensa práctica y lectura del idioma inglés), su permanente búsqueda estética. No pocas de las cartas a Genaro Estrada son, en sentido estricto, páginas autobiográficas.



Edward Hopper. Cine en Nueva York, 1939



Edward Hopper. Entrando en la ciudad. 1946



Edward Hopper. Habitación en Brooklyn, 1932

Pero hablé de fobias. Cito tres. La que le producen Ignacio Fernández Esperón (mejor conocido como “Tata Nacho”), Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera. El músico, por los desfiguros (el menor de los cuales era el de reputarse descendiente de los reyes aztecas) que cometía, noche a noche, en un club de mala muerte de Greenwich Village. El pintor, por retratarlo drogo, bohemio, etílico, en un mural encargado por la Secretaría de Educación Pública (venganza haikai: Diego Rivera / Golondrino / De la exila plebeya). El humanista dominicano, por antagonismo crítico. Aunque en este último caso se invade el campo de la injuria racista. Pase lo de “vanidad, apasionamiento rencoroso, magisterialismo barato, servilidad ante el precepto”; don Pedro no era ni remotamente santo de la devoción de todos. Deploro, en cambio, lo de “el negrito en efecto es misonista y exclusivo”; lo de “el recuerdo atávico del cepo y el rebenque”.

Si variados son los registros psicológicos del remitente, variadas son también las cuestiones de significación histórica. Desde los proyectos literarios y difusores de *Tablada*, realizados unos y otros sin realizar, hasta reacciones que van más allá del momento para situarse en el vasto panorama (explorado apenas y facciosamente) de la cultura mexicana del siglo xx.

Véase, a guisa de ejemplo, la carta de *Tablada* a Estrada de fecha 28 de febrero de 1922, en la que el autor sale al paso de las afirmaciones antimodernistas que Julio Jiménez Rueda asienta en su ensayo intitulado, antitéticamente, “La moderna

literatura mexicana” (“Que *Revista Moderna* fue fundada por Valenzuela y Nervo... ¡Mentira! La fundamos Valenzuela y yo. El primer artículo programa que publicó dicha revista es mío. El mismo nombre: *Revista Moderna* es el que yo propuse en cierto manifiesto comentado por Urueta en memorable artículo: “Hostia” que publicó *El Siglo XIX*. Yo fui quien consiguió la colaboración de Ruelas a quien nadie conocía entonces y que era mi amigo de infancia”).

Véase también, con el mismo propósito, los comentarios de *Tablada* a “La poesía de los jóvenes de México” de Xavier Villaurrutia, texto que expulsa, o casi, del firmamento poético mexicano a Salvador Díaz Mirón y a Carlos Pellicer (carta del 1° de febrero de 1925).

Etcétera, etcétera.

De otra parte, junto a reflexiones y afirmaciones sobre el arte poética, encontramos observaciones de particular agudeza en relación a lo exportable del arte mexicano y su percepción por los públicos (consumidores potenciales pudo haber dicho *Tablada*) norteamericanos.

Instalado en el 8921 de Ursula Place, Forest Hills, L. I., Nueva York, el autor de *Madero-Chanteclair* expone a Estrada lo siguiente:

Querido Genaro, se produce aquí un gran movimiento en pro del arte mexicano, del puro y del aplicado o industrial que tiene para nosotros formidable interés y perspectivas vertiginosas... Ya se está considerando aquí como una cosa seria y business like el absorber de una manera sistemática toda

nuestra producción de arte; ya se acepta que México es el gran centro de arte del continente y esta nación, este mercado está dispuesto a recurrir a nosotros para todas sus necesidades culturales y estéticas en plástica y quizás en música. ¿Vislumbra Ud. el resultado? ¿México entregado a su más natural actividad de productor de belleza, con un mercado firme y seguro para cuanto produzca, emancipado de esas odiosas y estériles competencias industriales contrarias a nuestra idiosincrasia y en las que nunca venceremos a esta nación formidablemente preparada?

Etcétera, etcétera.

José Juan Tablada de cuerpo entero.

Lástima que los tiempos eran otros. Hoy, amén de su beca de creador, podría dirigir un FONART o su equivalente, o estar al frente del Museo de las Culturas Populares.

CINCO: CAPÍTULO FINAL

¿Por qué Nueva York? ¿Por qué, de nuevo, Manhattan? Aventura el editor del epistolario en su prólogo:

Quizá Tablada decidió regresar a Nueva York en 1920 precisamente por su atracción hacia la modernidad. La metrópoli americana se había transformado en la capital del siglo xx, en un centro dinámico, pujante y moderno, todo lo cual era irresistible al poeta mexicano.

No, no se trata de una exageración.

El arquitecto y urbanista holandés Rem Koolhaas, en un libro hoy legendario, *Delirius New York*, manifiesto retroactivo de Manhattan, afirma que entre 1890 y 1940 una nueva cultura, la de la máquina, convirtió a Nueva York en un laboratorio de estilo de vida y de arquitectura. Así, la entera ciudad se convirtió en una fábrica de experiencia humana, donde lo real y lo natural cesaron de existir.

Lo indudable es que en ese sitio, ahí donde la hora exacta es siempre "Sex o'clock", andaba uno de los nuestros máximos adelantados en cuestiones de arte.

Desterrado, quejoso, publirrelacionista, promotor, impulsor, ¿contrabandista de arte?, articulista en el idioma vernáculo (el inglés), los



Edward Hopper. New York restaurant, 1922

riñones rotos, asiéndose como a un tablón de náufrago a la amistad solidaria y eficaz (aunque epistolariamente no correspondida) de su Gordo paisano y valedor, Genaro Estrada.

Ahora que si en exclusiva contamos con cuatro cartas de Estrada a Tablada, queda el registro de encuentros neoyorkinos entre los amigos. El 6 de enero de 1931, Tablada escribe:

Querido Genaro, mis entrevistas con Ud. aquí fueron agradabilísimas, pero el hueco que me dejó su ausencia ha agravado mi nostalgia y esta perpetua crisis de desarraigo en que vivo, con curvas de temperatura como abismos donde caigo cada vez más adoloridas las alas con que el optimismo suele levantarme...

Su apartamento en el Savoy Plaza, la cordialidad de Ud. que en su suave fortaleza supera a las alfombras chinas de lizalta, tan alta como la nieve que cotidianamente es el tapiz de mis jornadas. Y esa conversación de Ud. que tan bien dosifica la profundidad, la erudición, la sátira y aún el caló vernáculo...

Genaro Estrada, a quien acompaña su esposa Consuelo Nieto, de cuerpo entero.

Para concluir, insisto en llamar la atención sobre el carácter de "diario" que cobran muchas de las cartas y los trazos reiterados del autorretrato. Cuestiones fundamentales para entender las metamorfosis artísticas de José Juan Tablada. Siempre punta, siempre lanza.

Rajatabla(da). ①